

A bene placito: sobre aportaciones del profesor José Romera a los estudios literarios

Francisco Gutiérrez Carbajo
Universidad Nacional de Educación a Distancia / SELITEN@T
fgutierrez@flog.uned.es

El profesor Romera, profundo conocedor de los autores clásicos, de contemporáneos y de las corrientes y movimientos más recientes, ha sabido redefinir todas las concepciones del hecho literario y convertirse en un pionero en sus múltiples campos y desde las más ricas perspectivas. El profesor Romera nos ha legado numerosas y profundas investigaciones sobre la naturaleza de los textos literarios, ha estudiado con gran exhaustividad y sabiduría las diversas etapas de la literatura y ha elaborado un estatuto científico de esta apasionante disciplina. Dejando a un lado otros aspectos de sus extensas investigaciones, me fijaré ahora solamente en unos botones de muestra de su quehacer, relacionado con el ámbito literario (ya que otros colegas se referirán a otras facetas de sus investigaciones en sus *laudationes*)¹.

Aunque las reflexiones sobre el hecho literario arrancan con los clásicos, Jean Paul Sartre se interrogaba por la cuestión «qué es literatura», ya en los años cuarenta del siglo pasado y dos décadas más tarde Roland Barthes afirmaba que se trataba de un asunto relativamente

¹ Una información completa de sus investigaciones literarias (que aquí no puedo pormenorizar por razones de espacio) puede verse en su *curriculum vitae*: http://www2.uned.es/centro-investigacion-SELITEN@T/pdf/CurriculumVitae/CV_extenso_Jose_Romera.pdf[02/05/2018].

reciente. El semiólogo francés acepta elaborar provisionalmente una respuesta tradicional, según sus palabras y considera que la literatura es una expresión estética que opera a través de signos muy precisos: los signos escritos y aunque existen países que poseen una literatura oral, para los occidentales, la literatura es ante todo un objeto escrito.

En un sentido semejante, el profesor Romera explica que la literatura es un lenguaje verbal específico, *sui generis*, como viene afirmándose desde Roman Jakobson, Yuri M. Lotman y, en el ámbito hispano, Fernando Lázaro Carreter, citando una bibliografía señera². Atiende igualmente a la literatura oral, pero observa con gran sagacidad que la escritura plasmada en letra impresa es una comunicación a distancia que utiliza lo verbal, fundamentalmente, como soporte escrito. Nuestro profesor añade a las consideraciones de los ilustres autores señalados, su concepción de la literatura como signo y como comunicación, que desvela ya su acertado tratamiento semiótico.

El propio Barthes habla de «imbricación» de géneros, lo que se pone de manifiesto en la trayectoria investigadora del profesor Romera, en la que la literatura converge con otras manifestaciones, como el teatro y la semiótica, que desarrollan en este homenaje otros colegas.

En el *currículum* inabarcable de José Romera se encuentra estudios sobre todas las épocas o períodos de la literatura.

Por lo que respecta a la literatura medieval, indicaré que en su obra, *Literatura, teatro y semiótica*, presenta una breve síntesis de «la literatura medieval castellana desde la retina de la semiótica española». El profesor Romera ha estudiado la primera prosa española con una atención especial a Alfonso X el Sabio, la riquísima poesía del mester de clerecía y los fundamentos, historia y consolidación de nuestro teatro.

Asimismo, en sus *Estudios sobre «El Conde Lucanor»* comenta que «en el estudio de los textos literarios hay que hacer como aquel pájaro del *Manual de zoología fantástica*, del argentino Jorge L. Borges: volar hacia atrás. Para comprender el presente es necesario volar al pasado». En el contexto de las teorías de Lotman y de la Escuela de Tartu, no considera el texto como un cadáver que va a ser diseccionado, ni como

² En el acercamiento a las obras del profesor Romera reproducimos casi literalmente las palabras de algunas de las múltiples aportaciones del propio autor a los estudios literarios, pero prescindimos de las referencias bibliográficas, que se incluyen en otra sección de este homenaje.

una corporeidad a la que va a realizarse una operación quirúrgica, sino que, como ente vivo, muestra un hombre que habla en una serie de circunstancias históricas en las que está situado. En su análisis semiótico de *El Conde Lucanor*, el profesor Romera establece claramente el procedimiento metodológico, estudiando las estructuras que articulan el texto, así como la sintagmática del mismo. Sobre *El Conde Lucanor* vuelve en numerosas ocasiones. Cuando estudia la lengua del siglo XVI, analiza las consideraciones de Argote de Molina sobre don Juan Manuel, como *de la mejor lengua de aquel tiempo*.

Si toda época, según el profesor Romera, deja huellas en las que le siguen, la Edad Media goza, por su cronología, de este privilegio, y en este sentido, entre los diversos trabajos sobre *El Patrañuelo*, además de su magnífica edición, analiza en uno de ellos la presencia de temas y motivos que han sido tratados en la literatura del medioevo en la colección de relatos agrupados en la obra cumbre narrativa de Joan de Timoneda.

En el mismo contexto, desvela sabiamente las «Concomitancias cervantinas en *El Patrañuelo*», «El doble filo de la *imitatio*: la patraña segunda», la «Organización semiótica textual en Juan Timoneda (patraña tercera) y Masuccio Salernitano (*N.*, 1)», «Otro asalto a *El Patrañuelo*: la patraña octava», «La patraña décima y el cuento III, 7 del *Calila*», la «Organización semiótica textual en Timoneda (patraña quince) y Boccaccio (*D.*, II-9)», «Romances en *El Patrañuelo*: la leyenda de Ciro en un romance de Sepúlveda y en la patraña dieciséis», «El tema de la *Cantiga* 78 y sus secuelas en la traducción catalana de un cuento francés y Timoneda (patraña diecisiete)», «Del hilo al ovillo textual: a propósito de la patraña veinte», «Organización semiótica textual en Timoneda (patraña veintidós), Boccaccio (*D.*, X-8) y Pedro Alfonso (*D.C.*, II)».

A la literatura de la Edad Media le ha dedicado otros luminosos estudios, como «Poesía figurativa medieval: Vigilán monje hispanolantino del siglo X, precursor de la poesía concreto-visual», «Presuposiciones en los *Milagros de Nuestra Señora*», «La sinonimia, recurso de estilo, en las *Coplas* de Jorge Manrique», etc.

Dejemos la Edad Media y sigamos la senda literaria. En el contexto del siglo XVI, nos ha ofrecido destacados trabajos sobre algunos de los autores más representativos del petrarquismo. Este importante movimiento literario ya fue detalladamente explicado en los años ochenta

por el profesor Romera en sus cursos de Doctorado, cuando dirigía además estos estudios de Posgrado de Filología en la Universidad Nacional de Educación a Distancia.

Garcilaso, como escribe Romera Castillo, fue el crisol en el que se fundieron los ecos de la poesía tradicional castellana, la petrarquista o italianizante y la de Ausias March; y a su vez, el solista y director del coro de la poesía lírica castellana del Renacimiento. Con él los procedimientos y modos poéticos adquirirían un *canon* estético, que seguirán, en buena medida, los petrarquistas de la época. Hernando de Acuña, aparte de su trato personal, si es que lo tuvo, bebió en la poesía garcilasista en abundancia, aunque no exclusivamente, tanto directa como indirectamente. Constata, por ejemplo, el paralelismo entre los primeros cuartetos del soneto de Acuña *Quando contemplo el triste estado mío* y el del soneto I de Garcilaso: *Cuando me paro a contemplar mi estado*. En la misma línea observa que en uno de los poemas de *Varias Poesías*, Acuña rinde homenaje al gran poeta toledano al parodiar la célebre *Ode al florem Gnido Canción V*. Rafael Lapesa explica que si el paradigma ensayado por Bernardo Tasso, basado en los ritmos horacianos no prendió en Italia, en España la lira introducida por su imitador logró arraigo inmediato y definitivo, como comenta atinadamente el profesor Romera. Añade, que Hernando de Acuña realizó un ensayo de esta forma estrófica y, pese a seguir tan de cerca el original, el intento no fue frustrado.

En otro luminoso trabajo analiza el soneto amoroso *Jamás pudo quitarme el fiero Marte* a la luz de la lingüística del texto y aprovecha para reivindicar a Hernando de Acuña como un poeta esencial y profundamente amoroso. Reivindicación tremendamente justa ya que el autor escribió más de un 95% de este tipo de poemas, que son los que configuran realmente la clave de su lira poética. Reconoce, con José María de Cossío, que *imperio y milicia* fueron su profesión, pero que «su afición discurrió por los cauces poéticos del ciego y voluptuoso amor». Y ensancha de esta forma la perspectiva que, debido al célebre verso *Un monarca, un imperio y una espada*, situaba a Hernando de Acuña en un marco imperialista y reaccionario. Hace ya treinta años, a instancias del profesor Romera, yo mismo analicé la *Égloga de Damón y Galatea*, de Hernando de Acuña, y es que el capitán ilustre, que intervino en las campañas de Flandes, Italia y África, fue el poeta que, bajo el seudónimo de Damon, cantó excelsamente a Galatea.

De otro insigne petrarquista, Gutierre de Cetina, se ha ocupado en el trabajo en colaboración con el profesor Antonio Lorente Medina en «Algo más sobre Gutierre de Cetina y México». Este también poeta soldado en la última época de su aventurera vida estuvo dos veces en Nueva España, estancias que han sido analizadas por Icaza, Rafael Lapesa, Margarita Peña y Carlos González Peña, entre otros.

Demuestra que si hasta ahora sólo se conocía o únicamente se había tenido en cuenta el cancionero manuscrito *Flores de baria poesía...*, su contribución consiste sencillamente en ofrecer otro manuscrito mexicano, no tenido en cuenta por la crítica de Gutierre de Cetina, que reafirma la huella del poeta en las tierras de la Nueva España.

De Argote de Molina, al que ya se ha hecho referencia al abordar algunas de sus consideraciones sobre don Juan Manuel, el profesor Romera comenta cómo frecuentó el mundo literario sevillano de su época (Juan de Mal Lara, El conde de Gelves, Herrera, Cetina, Barahona de Soto, Juan de la Cueva, etc.), fruto de cuyo contacto sería su labor como poeta, en elogio de autores y obras. Le presta una atención especial en su edición del *Discurso sobre la poesía antigua castellana*, a sus diversas reimpressiones y a la edición crítica realizada por Eleuterio F. Tiscornia.

En su trayectoria investigadora en el campo de la literatura no podía faltar la figura de Cervantes, y a él le dedica el espléndido trabajo «Cervantes, don Quijote y el psicoanálisis». Si en nuestra época, se defiende el mestizaje y la hibridación de los discursos, esta defensa ya fue realizada muy tempranamente por el profesor Romera. Ninguna creación humana es autónoma, y en este sentido, la literatura, para él, dialoga con las demás manifestaciones humanas y comparte con ellas sus núcleos temáticos y sus recursos formales y expresivos. En este marco solidario estudia la literatura desde la perspectiva del psicoanálisis y aplica algunos de sus procedimientos a la obra maestra de nuestra literatura: *Don Quijote*. Atiende a los especialistas más destacados en esta materia, empezando por la propia obra de Freud, y por las de Jung y Adler, y revisando algunos de los más relevantes estudios, tanto ortodoxos como heterodoxos.

En esta línea, ya en 1974 publicó su artículo «Surrealismo y psicocrítica», que constituyó un nuevo avance en la consideración psicocrítica de los estudios literarios. Revisa los trabajos de Jacques Lacan, del grupo *Tel Quel*, etc., que han hecho posible, según él, integrar la

literatura en una teoría de conjunto, puesta de manifiesto en una serie de pruebas empíricas diversas e incesantes. Toma, como uno de sus puntos de partida, la obra de René Girard, *Mensonge romantique et vérité romanesque*, en la que establece el triángulo edipiano del sujeto que desea, el objeto deseado y el mediador de ese deseo. Según René Girard, sin hacer referencia a las teorías de Freud, pero llegando a unas conclusiones cercanas a las de los psicoanalistas estructuralistas, este tipo de paradigma trifásico se cumple no sólo en la gran novela cervantina, sino en otras muchas creaciones literarias de diferentes ámbitos geográficos, como las de Dostoievski, Flaubert, Stendhal o Proust. En relación con este asunto ha publicado también «Don Quijote como *alter ego* de Cervantes» (1981) y otros numerosos estudios.

Si en el análisis de la obra de Cervantes se acude al psicoanálisis, en su estudio sobre la poesía de Quevedo, se recurre al campo filosófico, lo que demuestra, una vez más, su concepción abarcadora y no cerrada de la literatura. Inserta, así, la poesía quevediana en el contexto del Barroco, movimiento definido por Emilio Orozco no sólo por criterios estilísticos sino también por motivos ideológicos, y enmarca la obra de don Francisco de Quevedo y Villegas, influido por la reforma y por el conceptismo, dentro de ese espíritu vehemente y estructura ordenadora que, según Dámaso Alonso, son los dos polos del arte del siglo XVII. Con los referentes de Trier, Weisgerber, Coseriu, y Pottier, entre otros, analiza los campos léxicos textuales (tiempo-muerte) e inserta este trabajo en la lingüística del texto. Su *escritura*, pese al desencanto que rezuma su obra, fruto del sentimiento de crisis que se vive en la edad barroca, contribuye al reforzamiento del estatus. A propósito de Pottier, quiero destacar que el profesor Romera fue padrino de su investidura y la de don Manuel Alvar como *doctores honoris causa* de la Universidad Nacional de Educación a Distancia el 28 de enero de 1993. Siguiendo con Quevedo, su estilo, acorde con la poética conceptista, es un procedimiento para fijar más la atención y dejar una huella más profunda en el espíritu que lo recibe, según nuestro admirado profesor.

Sobre la literatura de los Siglos de Oro versan otras muchas investigaciones de José Romera, como «El diálogo, técnica formal, en el soneto renacentista» (1984); así como estudia manifestaciones literarias muy relacionadas con el teatro, como las justas literarias, que han merecido la atención de nuestro profesor, que nos ha presentado un magnífico «Compendio literario en honor de santa Teresa».

En suma, un compendio de sus trabajos puede verse en su excelente libro *Calas en la literatura española del Siglo de Oro*, publicado por la UNED en 1998.

En el siglo XVIII se centran también algunas de sus investigaciones, como «La técnica del *ubi sunt* y su utilización por Nicolás Fernández de Moratín» (1981), y al siglo XIX le ha dedicado un buen número de trabajos, entre los que destacan «Espacio y tiempo, elementos connotadores, en *El dúo de la tos* de Clarín», «Análisis semiótico de un cuento de 'Clarín': El viejo y la niña». Al profesor Romera el título del relato de Alas le evoca inmediatamente la comedia de Moratín *El viejo y la niña* y comenta las palabras de Sergio Beser, según las cuales algunos relatos son recreación, y, a la vez, examen de antiguos temas literarios, referidos a una determinada obra; así *El viejo y la niña*, a la comedia de Moratín, *Nuevo contrato*, al *Fausto* de Goethe, etc. Observa nuestro profesor con su acostumbrada acuidad intelectual que este tema de tan vieja tradición, el del amor entre un viejo y una niña, es tratado en varios escritos de madurez de Clarín, entre los que cita *Un viejo verde*, aparecido el 7 de enero de 1893 en *Madrid Cómico*, sin olvidar a Joaquín (personaje de *Benedictino*), don Mamerto (de *El caballero de la mesa redonda*) o el escritor Masito Caces (de «*Flirtation*» legítima) teñidos de algunos aspectos autobiográficos. Si dentro de los estudios dedicados a Clarín, *La Regenta* ocupa con todo merecimiento el lugar principal, el profesor Romera revisa, entre los trabajos sobre obra corta de Alas, los de Laura de los Ríos, Baquero Goyanes, Francisco García Pavón, John W. Kronic, José María Martínez Cachero, Katherine Reiss, Bonifacio Rodríguez Díaz...y muy especialmente los estudios y edición anotada de Carolyn Richmond. Como un factor más de esa suma, propone su estudio semiótico de *El viejo y la niña*, analizando la morfosintáctica, la semántica y la pragmática textuales.

Al siglo XIX presta igualmente atención en «Rosalía de Castro (una figura en su paisaje) de Antonio Gala». Analizando las series de *Paisaje con figuras* de Antonio Gala, se pregunta ¿por qué elige a Rosalía de Castro en la galería de retratos *vivificados*?, y explica que la pregunta la contesta la propia Rosalía en el guion: «Canté. Era como un mandato. Pero fue tan difícil. Mujer y, por si fuera poco, gallega; y, por si fuera poco, poeta; y, por si fuera poco, en la mitad del siglo XIX, que no era precisamente feminista» (II, 125). Y añade, como *la voz de la madre* recordará luego: hija ilegítima; y, por si fuera poco, hija ilegítima de

una madre «sin fortuna y *noble casta*» y —para completar el cuadro— de un sacerdote de «la colegiata de Iría» (II, 127). Una marginada en el pleno sentido de la palabra, según el maestro Romera Castillo. Con la observación de que en todo espectáculo televisivo hay que distinguir dos planos: el cinematográfico y el guion escrito, se centra en el texto que sirve de soporte al espectáculo y lo analiza con su acostumbrada exhaustividad. Como explica con gran sagacidad, «Cinco voces y una figura real (...) configuran los actores —en sentido greimasiano del término— de este relato televisivo que se ajusta perfectamente a la idea de Rosalía expuesta en el prólogo a *Follas novas*. En este prólogo, en síntesis, y con una traducción muy libre, Rosalía explica que, si no puede el espíritu prescindir de las envolturas de la carne, tampoco puede prescindirse del medio en el que se vive y de la Naturaleza que nos rodea».

Sus magistrales indagaciones en las épocas contemporánea y actual coronan los estudios sobre literatura de José Romera. En 1989 publica «Panorama de la literatura española contemporánea» y le presta igualmente singular atención a Antonio Machado, del que comenta que su huella es amplia y profunda en la literatura de hoy, bien ejemplificada en numerosos autores, entre ellos, Antonio Gala. En este sentido expone cuatro títulos recopilados en libros: *Texto y Pretexto*, *Charlas con Troilo*, *En propia mano* y *Cuaderno de la Dama de Otoño*. Por otra parte, en la segunda serie de *Paisaje con figura*, ya comentada al hablar de Rosalía de Castro, Gala dedica un episodio a Antonio Machado, un indicio más de su admiración por el vate sevillano. Como en los demás episodios centrados en autores literarios —escribe Romera Castillo—, el escritor, siguiendo las pautas de la intertextualidad, va a utilizar textos machadianos para trazar más fielmente el perfil de la figura.

No falta su interés por los del 98, como Unamuno, por los grandes poetas del 27, como Cernuda y Vicente Aleixandre, al que le dedica su trabajo «Función poética en *Espadas como labios*» y por los actuales como Díaz de Castro, Luis García Montero, Luis Antonio de Villena, etc.

Del premio Nobel Camilo José Cela, desvela con su tino habitual la «presencia de la literatura en la novela *Mazurca para dos muertos*». La literatura es una de las grandes obsesiones de Cela y, como creador de una realidad, aunque en ficción, va a describir las aficiones literarias de sus personajes a través de las cuales puede conocerse mejor su personalidad». El profesor Romera analiza el tratamiento que hace de estos personajes,

dividiéndolos en dos grupos: los que utilizan el gallego como lengua de expresión artística y los que se sirven del castellano. En el primer grupo estudia a Rosalía de Castro, Curros Enríquez y Ramón Cabanillas. En el segundo grupo son incluidos Fray Benito Jerónimo Feijoo, Modesto Fernández y González, gran hacendista y escritor, nacido en Orense, además de mecenas de Curros Enríquez y otros paisanos suyos. No podía faltar don Ramón del Valle Inclán, citado cuando Cela habla del hospital de Logroño, donde se encuentran Raimundo el de los Casandulfes y su primo artillero Camilo, heridos en la guerra civil. Analiza también la presencia en la novela de Cela de otros escritores españoles, como Cervantes, Quevedo y señala las referencias a Espronceda, Gaspar Núñez de Arce, Ramón de Campoamor, Antonio Fernández Grilo, Bécquer, Galdós, Azorín, Baroja, los Machado, Juan Larrea y a los extranjeros Rousseau, Voltaire, Poe... En definitiva, «literatura dentro de la literatura, novela dentro de la novela, gracias a los diversos puntos de vista y los diferentes narradores que afloran en el relato de Cela, como Robín Lebozán, la señorita Ramona, Doroteo, el cabo de la guardia civil», según explica magistralmente nuestro profesor.

Siguiendo con la narrativa, la obra que supuso una transformación de la novela española, en la línea de la mejor tradición de Joyce, Faulkner, John Dos Passos..., *Tiempo de silencio* (1962) de Luis Martín Santos, constituyó el objeto del primer libro publicado por el profesor Romera, *Gramática textual. Aproximación semiológica a «Tiempo de silencio»* (1976), fruto de su tesis de doctorado, defendida en la universidad de Granada un año antes. Dos años antes, es decir en 1974, había aparecido en la revista *Documenta* el trabajo «Hacia una metodología estructuralista en el comentario de textos (análisis estructural de *Tiempo de silencio*)». En el prólogo, el profesor Ángel Raimundo Fernández y González, catedrático de la universidad de Valencia, donde profesaba el profesor Romera, hacía ya referencia a que la reflexión sobre la literatura estaba en pleno auge de renovación y multiplicación. Consideraba que los estudios literarios habían entrado en contacto con los nuevos estilos de cultura, y siguiendo las tesis de Mukarovsky y Uspensky, dejaba constancia de que el quehacer crítico se iba abriendo camino en la Universidad, con análisis semiológicos de la literatura, como los del profesor Romera. Este subraya, con Jean Mukarovsky, que el objeto estético es un objeto semiótico porque es analizado en sus elementos constitutivos en relación a uno o más modelos homo-

géneos y entre sí heterogéneos según la concepción saussuriana y hjelmsleviana del lenguaje como heteróclito y heterogéneo. Nuestro profesor constata ya en una fecha muy temprana que, en el ámbito de la literatura, el análisis semiológico de la narración es el que ha gozado de mayor desarrollo, y revisa los estudios clásicos de Propp, Barthes, Todorov, Brémond, Greimas, Genette, Kristeva, etc.

El profesor Romera en este enfoque de la literatura, como en otros campos, fue pionero. Y toma como base de su estudio, como he señalado, una obra que renovó desde el punto de vista formal la novela española e incorporó los recursos y procedimientos más significativos de la narrativa mundial contemporánea. Con posterioridad ha prestado atención a novelas españolas actuales y a los poemarios más recientes.

Un año después de la publicación de ese libro de José Romera aparece *Construcción y sentido de «Tiempo de silencio»* del profesor Alfonso Rey. El profesor Rey cita con todo merecimiento la obra del profesor Romera y el artículo publicado en *Documenta*. El propósito de Alfonso Rey es proceder al desmenuzamiento de la arquitectura de la novela en su doble vertiente: formal e ideológica.

Entre los numerosos creadores actuales que estudia el profesor Romera, quisiera destacar uno, muy estudiado, Antonio Gala. Aunque el mayor número de páginas se lo ha dedicado a a su teatro, tampoco obvia su labor poética y narrativa. En la poesía, comenta que en el año 1956 se le dedicó un número extraordinario de la revista *Cántico* a la poesía cordobesa y en él aparece el poema de Antonio Gala *A Córdoba*. Reproduce, a este respecto, las palabras que le dedica el profesor López Estrada, al hacer el recuento de los poetas cordobeses de entonces, situándolo en la línea de García Baena, y de la tradición barroca andaluza, como atestigua el poema *A Córdoba*, que ofrece *Cántico* en sus páginas. Su afición por la poesía —como escribe nuestro profesor— le lleva a fundar, en sus años de estudiante en Sevilla, la revista *Aljibe* y, luego, en Madrid, *Arquero de poesía*, junto con Gloria Fuertes y Julio Mariscal. Pero el descubrimiento poético de Gala surge cuando en 1959 recibe el accésit del Premio *Adonais* por el libro *Enemigo interno*, ganado aquel año por Francisco Brines con *Las brasas*. Explica que Antonio Gala ha cultivado también el soneto de corte clasicista en *11 sonetos de La Zubia* y *27 sonetos de La Zubia*, pertenecientes al libro *Sonetos de La Zubia*, y nos informa que el título lo toma del pueblo

granadino en el que el autor vivió días plenos de amor; así como la carpeta artística *Testamento andaluz*, y algunos poemas más. En conjunto, nos encontramos, según el profesor Romera, con una poesía «donde parece que se vierte, como en un vaso de cristal, el alma», según declara el propio poeta en *Charlas con Troilo*.

Antonio Gala ha publicado con posterioridad otras creaciones, como *Poemas cordobeses*, (1994), *Testamento andaluz* (1994), *Poemas de amor* (1997), *El poema de Tobías desangelado* (2005), etc. Su profundo lirismo, según mi opinión, es fruto no sólo de una experiencia personal sino de un compromiso con la realidad, que en todo momento ha mantenido Gala, aunque no siempre esta actitud comprometida haya sido comentada y valorada, con la excepción del profesor Romera. Y es que, como dice el gran maestro de la Escuela de Frankfurt, Theodor Adorno, en *Notas de literatura*, la lírica no es algo puramente subjetivo, sino que también conoce la tesis dialéctica, según la cual, lo subjetivo y particular está mediado por lo general y universal.

El profesor Romera ha estudiado igualmente la narrativa de Gala, en la que distingue los relatos breves y las novelas. Entre los primeros destacan *El cuarto oscuro* (1959); *Solsticio de invierno* (1963) por el que recibió el premio *Las Albinas*; *La compañía* (1964); *La tahona* (1979); *Mi bienvenida* (1980), *Corazón por tierra* (1980); *Anónimo florentino* (1986); *Siete cuentos* (1993). Respecto a la novelística, comenta que Gala ya en 1963, cuando decide dedicarse al teatro, tenía entre manos la futura novela *Interminablemente bajo el cesto*, que no llegó a materializarse, y que, tras el estreno de *El cementerio de los pájaros*, pensaba hacer una separación amistosa con el mundo del teatro, para escribir una novela, según declaraba a Maruja Torres (*El País*, 8 de septiembre de 1982, p. 27). Pero, como observa José Romera, tuvo que pasar mucho tiempo hasta publicar la novela *El manuscrito carmesí*, que mereció el Premio Planeta en 1990. La obra, como explica nuestro profesor, constituye una recreación poético-novelesca-histórica de la experiencia vital de otro insigne perdedor, la del último rey nazarí, la de Boabdil de Granada. La segunda, *La pasión turca* (1993) sobre la historia de Desideria Oliván y su ardiente pasión por Yaman en Estambul, constituye una reflexión amarga sobre el amor. La tercera, *Más allá del jardín. Una mujer en busca de sí misma* (1995), se centra en la historia de Palmira, otra mujer que lucha por encontrarse. En 1996 publica *La regla de tres*. Antonio Gala ha escrito para cine y para

televisión varios guiones literarios, un género que cada vez atrae más la atención de los estudiosos, y que, en los Seminarios y Congresos Internacionales, organizados por nuestro profesor se le han dedicado luminosos estudios.

La relación de la literatura con la vida o, si se quiere, la representación de la historia en la obra literaria ha sido objeto de varias obras editadas por José Romera, y sobre este asunto versó su discurso de ingreso en la Academia de Buenas Letras de Granada: *Historia, literatura, vida*. El ámbito de la escritura autobiográfica, que aquí no se tiene en cuenta, como expone el profesor José M.^a Pozuelo Yvancos en su *laudatio*, ha sido otro de los ejes más significativos (y pioneros en España) de las investigaciones del profesor Romera.

Ha prologado numerosos libros, que constituyen otros buenos ejemplos de sus reflexiones sobre el hecho literario. El prólogo ha sido estudiado como género literario por Alberto Porqueras Mayo, Anne Cayuela, Fernando Copello..., y al profesor Romera le interesa destacar su valor filológico y artístico, en la línea Stanislaw Lem y otros autores. Romera Castillo ha escrito así prólogos de numerosos libros de relatos, entre ellos los Premios de Narración Breve de la UNED —creados por él—, que, tomando el famoso texto cervantino de sus *Novela ejemplares*, tituló *El ingenio las engendro* (I y II Premios de narración Breve de la UNED), ...*Las parió mi pluma* (III, IV y V Premios de narración breve de la UNED) ...*Y van creciendo...* (VI, VII, VIII y IX Premios de narración breve de la UNED). Ha escrito también prólogos a los volúmenes que recibieron la Beca de Investigación poética Miguel Fernández (creada por él) como los que anteceden a los volúmenes, entre otros, de Rosa María Belda, *El sujeto en la poesía de Miguel Fernández*; a *Las traducciones italianas de la poesía española del siglo XX (1975-2000)*, de Coral García Rodríguez; a *Espejos de palabra. La voz secreta de la mujer en la poesía española de posguerra (1939-1959)*, de María Payeras Grau; a *La otra generación poética de los 50*, de Luis García Jambrina; a *Melilla y la poesía española desde 1900*, de María del Carmen Hoyos Ragel, etc. así como ha prologo una serie de poemarios como, por ejemplo, el de uno de sus discípulos, Francisco Linares Valcárcel, *El viaje occipital*, etc.

Ha publicado igualmente numerosísimas reseñas y ediciones críticas de los autores clásicos y contemporáneos. Y ha dirigido numerosas tesis de doctorado, Memorias de Investigación, DEAs y TFM sobre

divesos autores y obras, como puede verse en su *curriculum vitae* (es el profesor que mayor número de tesis de doctorado, 46, ha dirigido en el toda la historia del Departamento de Literatura Española y Teoría de la Literatura de la UNED)

Esta exploración sintética de algunas de las numerosas aportaciones del profesor José Romera a los estudios de Literatura quiero terminarla con sus consideraciones sobre las que él mismo considera «Bases objetivas para su estudio». Recurre con acierto a la autoridad de Immanuel Kant, según el cual la ciencia no la crea el objeto sino el método, y considera indiscutible que tanto los ámbitos llamados de ciencias como los de letras pueden estudiarse científicamente. La ciencia no es exclusiva de nada ni de nadie. De ahí que propugnar una actitud filosófica en las llamadas tradicionalmente científicas y una actitud científica en las disciplinas humanísticas, según Romera Castillo, es algo que, en la actualidad, va imponiéndose esperanzadoramente. La epistemología es el círculo englobador que integra en su seno las ciencias, la filosofía y las ciencias humanísticas.

Ya el maestro de Max Planck, considerado como el fundador de la teoría cuántica y galardonado con el Premio Nobel de Física en 1918, el alemán Hermann Ludwig Ferdinand von Helmholtz (1821-1894), médico, físico, filólogo y filósofo, afirmó en 1878 que las ciencias empíricas y las del espíritu se ocupan en el fondo de las mismas cuestiones. Este individuo, con una gran visión de la realidad y escrutador de la mirada —fue el inventor en 1851 del instrumento para ver el fondo del ojo, el oftalmoscopio—, se propuso, entre otros admirables proyectos, el de aplicar las teorías filosóficas de Fichte y de Kant a las actividades empíricas, como hace con gran acierto nuestro homenajeado. Se trata de una estrategia de interdiscursividad, de un proceso semiótico de interacción, al que se incorporarán científicos y filósofos de los diversos países. En España Unamuno en *Vida de Don Quijote y Sancho* nos anima a descubrir la filosofía que se encuentra en las obras literarias y Ortega y Gasset en *Idea de principio en Leibniz* se extraña de que no se haya observado en sus escritos y en los de otros autores las relaciones entre estas disciplinas.

Para el profesor Romera, la teoría objetiva de la literatura no debe estar concebida como un principio inmanente, absoluto, sin génesis de ningún tipo —como propugnaría una filosofía idealista—, sino como una hipótesis que gué el proceso investigador. No consiste, pues, en

buscar la *estructura de las estructuras*; más bien se trata de encontrar un modelo adecuado al objeto literario que se pretende explicar y describir. La teoría científica de la literatura la concibe como una práctica teórica, según el concepto althusseriano, consistente en un proceso de transformación de una materia dada —las obras literarias— en un sistema general y conceptual, del cual pueden derivarse las diferentes tipologías de escritura. Esto es, un modelo adecuado al objeto literario que se pretende describir y que tendrá mayor adecuación cuanto mayor sea el ámbito del objeto que llegue a explicar.

La primera hipótesis de la que parte es que la literatura puede ser estudiada, dentro de la perspectiva teórica, desde un planteamiento científico. Esta presuposición, para ser una hipótesis científica, necesita tener una verificabilidad directa o indirecta y un grado de generalidad suficiente. Partiendo de la distinción de Mario Bunge, entre *ciencias formales* y *ciencias fácticas*, al profesor Romera le importa demostrar cómo la literatura puede incluirse en el espacio de las parcelas científicas fácticas. Considera que existen dos condiciones que debe cumplir toda teoría científica al estudiar la literatura: tiene que ser *racional* y *objetiva*, y que estas dos condiciones se cumplen, aunque otra cosa es que las teorías hasta ahora conocidas las cumplan o no total o parcialmente. Ello le lleva a plantear el problema de los *géneros*, que pueden ser estudiados en literatura desde un punto de vista sistemático. A continuación, revisa el inventario de las principales características que debe tener un estatuto científico de los estudios literarios. Teniendo en cuenta estos aspectos de la *Teoría de la Ciencia*, y después de revisar unas bases genéricas sobre las cuales pueda establecer un estatuto científico de la literatura, el profesor Romera concluye que no se ha llegado a una formulación total de la ciencia literaria, pero no es menos cierto que estamos en trance de conseguirlo. En esa concepción de la literatura como una entidad solidaria, según comentaba al principio, estudia su relación con la prensa, el cine, las nuevas tecnologías, con *omni re scibili*, como diría Pico della Mirandola.

En síntesis, los estudios literarios en José Romera constituyen una dimensión oceánica por su extensión y por su profundidad. Al profesor Romera no puede aplicársele el título de la obra neoclásica *Hacer que hacemos*. Al contrario, el profesor Romera hace mucho y bien, y su ejemplo anima a su equipo y a todos los investigadores a no dejar de hacer. Pero no se trata de una imposición obligatoria, sino de una

invitación generosa para que trabajemos cada día más y para que cada vez los hagamos mejor.

Muchas gracias, profesor Romera, por haber escrito tanto y tan bien, por habernos enseñado tanto, que nos ha hecho más sabios, más sanos y mejores ciudadanos³.

[SOBRE EL AUTOR]

Francisco Gutiérrez Carbajo es Catedrático Emérito de Literatura Española de la UNED, Académico correspondiente por Madrid de la Real Acadèmia de Bones Lletres y Académico de la Academia de las Artes Escénicas de España. Ha sido Presidente de la Asociación Española de Semiótica y durante ocho años (1999-2007) Decano de Filología de la Facultad de Filología de UNED. Pertenece al Centro de Investigación de Semiótica Literaria, Teatral y Nuevas Tecnologías, dirigido por el Dr. José Romera Castillo. Fue fundador y director del Consejo de Redacción de Ediciones Demófilo, Miembro del Comité de Expertos de la Agencia Nacional de la Calidad de la Enseñanza (ANECA) y ha dirigido y participado en varios proyectos de investigación. Ha impartido clases en universidades europeas, africanas y americanas, pertenece a los Consejos de Redacción de reconocidas revistas internacionales de impacto y ha publicado numerosos trabajos de investigación, así como 40 libros y ediciones críticas de autores clásicos y contemporáneos en Cátedra, Castalia, Georg Olms Verlag y en otras prestigiosas editoriales internacionales.

³ La intervención en el Seminario-homenaje puede verse en <https://canal.uned.es/video/5b3207b2b1111f86078b4567> [20/06/2018].